

LÍNEAS DE INTERVENCIÓN EN SEXOLOGÍA. EL CONTINUO “Sex therapy-Sex counselling-Sex education” EN EL NUEVO ARS AMANDI

Efigenio Amezúa *

El autor presenta los resultados de una lectura de Masters y Johnson desde el paradigma moderno del Hecho de los sexos, o sea desde la línea histórica de la Sexología. Plantea para ello una forma de utilización de las fuentes de Masters y Johnson como *obra completa* que distingue, por un lado, los *Grandes escritos* y, por otro, los *Escritos menores* y que han sido poco considerados, si bien, según Masters y Johnson necesitan el mismo interés para el estudio de su *obra completa*. Señala que, contrariamente a lo más divulgado de Masters y Johnson, como *tecnólogos del sexo al servicio del amor*, éstos no centran sus tratamiento en las disfunciones sino en las interacciones que se producen en la relación y el encuentro de los sexos. Finalmente expone, en un paralelismo con el primer Rogers de los años cuarenta, la formulación del *Sex counselling* o asesoramiento sexual como la vía media entre la *Sex therapy* y la *Educación sexual*, a través de lo cual Masters y Johnson contribuyeron a introducir el continuo *Sex therapy-Sex counselling-Sex education* como línea de intervención en Sexología y como conjunto de recursos para una nueva cultura de los sexos y su nuevo *ars amandi*, al que, como objetivo final, van encaminados.

Palabras clave: Hecho de los sexos, *Sex therapy-Sex counselling-Sex education*, Masters & Johnson, *ars amandi*, modelos de intervención en Sexología.

INTERVENTION LINES IN SEXOLOGY. THE CONTINUUM OF "Sex Therapy-Sex Counselling-Sex Education" IN THE NEW ARS AMANDI.

Author shows a way of reading Masters' and Johnson's resources as a complete work that distinguishes, on one hand, Great Writtings and, on the other, Minor Writtings which have been taken into account to a lesser extent, even though they were said to be as important as the others in order to understand their complete work in the words of Masters and Johnson.

The author points out that contrary to the most spreaded work of Masters and Johnson as sex technologists at love service, they do not focus treatment on dysfunctions, but on the interactions created in the relationships and in the meetings of the sexes. Finally, the author states a parallelism between the first writings of Rogers in the forties, and the formulation of Sex counselling as a midway between Sex therapy and Sex education which Masters and Johnson contributed to introduce into the continuum of Sex therapy-Sex counselling-Sex education. It is a proposition as an intervention line in Sexology and as a set of resources for a new culture of the sexes, and its new ars amandi as its very aim.

Keywords: *Being of the Sexes, Sex therapy-Sex counselling-Sex education, Masters & Johnson, "ars amandi", Intervention Patterns in Sexology.*

* Director de los *Estudios de Postgrado de Sexología*. Instituto de Sexología-Universidad de Alcalá c/ Vinaroz, 16. 28002 Madrid. España. Instituto_Sexología@ mad.servicom.es

El extendido hábito de diseminar y diluir los planteamientos troncales de la Sexología en las ramas de otras disciplinas ha contribuido a crear el equívoco de hacer de ésta un vasto campo sin contornos definidos y, por lo tanto, sin sus líneas propias de intervención. En otros escritos hemos tratado de plantear líneas teóricas de la Sexología desde una perspectiva histórica y conceptual¹.

Lo que plantearemos aquí es la otra cara: sus líneas prácticas de intervención, si bien desde la misma lectura histórica del cuerpo doctrinal de la Sexología como referente. El resultado será una fórmula de intervención desarrollada en los tres niveles de uso corriente: el educativo, el del asesoramiento y el terapéutico y que, con toda propiedad, puede constituir la oferta más desarrollada de que disponemos en la actualidad.

Al mismo tiempo, esto nos obliga a revisar algunos tópicos que se han instalado, tanto en torno a la terapia sexual, como al asesoramiento y la educación, lo que requiere, en definitiva, la actualización de algunos conceptos centrales necesitados de profundización. Por ejemplo, junto a los de Sexuación y Sexualidad, el de Erótica o deseo, así como el de Amatoria o *ars amandi*.

1. La *Sex therapy* de Masters y Johnson en el marco del Hecho de los sexos

Al situar la amatoria en el marco de los sexos, y no en el del amor – y de ambos sexos y no de uno u otro por separado–, Masters y Johnson, los más importantes sexólogos de la segunda mitad del siglo XX, contribuyeron con algunas innovaciones en las que merece la pena detenerse.

De entrada, es preciso advertir la reducción que ha supuesto leerlos desde la óptica *del sexo*, o sea, de los *genitalia* (ya que no desde el amor) en lugar de hacerlo desde el marco de *los sexos*. Sus divulgadas y archifamosas *técnicas sexuales* han deslumbrado de tal forma, con tal sensacionalismo, en un mercado ávido de ese producto, que no es de extrañar la deformación que se ha hecho de sus aportaciones. Ellos mis-

mos se han referido a la “legión de divulgadores y terapeutas sexuales improvisados por el exceso de la demanda” que el fenómeno despertó².

Que estos autores hayan dado pie a esta confusión es un hecho. Pero es necesario aclarar y distinguir lo importante de lo accesorio. Porque lo central de este fenómeno es el encuentro de los sexos observado en el laboratorio, si bien la magia de los datos no debe ser confundida con las conclusiones extraídas de ellos. A través, pues, de una lectura detenida de *la obra completa* de Masters y Johnson –de sus *Escritos mayores* y de sus *Escritos menores*, como veremos– puede perfilarse el meollo de la amatoria moderna como nuevo encuentro o nueva forma de encuentro entre los sexos.

La letra pequeña de la “Sex therapy”

Leer, pues, a Masters y Johnson desde la *tesis sexuante*, es decir, desde la historia de la Sexología y desde su paradigma –recuérdese también: en clave de ciclo largo–, revela que su aportación más importante no ha sido la técnica o instrumental, sino otra. O, mejor, dicho, las dos; puesto que no es posible separar una de otra. Sea esto dicho para evitar que se releguen las técnicas o recursos operativos a grados menores cuando éstas se sitúan junto a los contenidos a los que acompañan y de los que son medios o herramientas. No es posible, pues, como se ha tratado de hacer, separarlas y quedarse *sólo* con aquéllas. De esa forma no sólo son extrapoladas las ideas sino también desactivadas las mismas técnicas.

Esta lectura de Masters y Johnson suele resultar chocante tanto para sus seguidores literales como para sus críticos más acerados. Los primeros porque han hecho de ellos el *no man’s land* del *neo-locus genitalis* y de su pragmática; y los segundos porque han visto en ellos una exagerada dependencia de la técnica y un defecto de humanismo, léase una mecanización del *sexo* –ese sexo– frente al romanticismo del *amor* –ese amor–. Pero hay un punto que lo explica aún mejor: el desconcierto de

quien al entrar en la Sexología lo hace desde un ciclo histórico corto desconectado del largo; o desde un segmento y no desde la disciplina como línea general

De muy diversas formas, Masters y Johnson han insistido hasta la saciedad en que lo que han planteado con sus estudios fueron las bases, formatos, procedimientos y estrategias para el conocimiento y, en su caso, el tratamiento de las *dificultades* –la *sexual inadequacy*– de los *encuentros propios de los sexos*. Esto quedó más claro en su segunda obra *La incompatibilidad sexual humana*, aparecida en 1970³.

Aunque metidos ya en el espejismo de que el mensaje es el medio, ésta fuera entendida desde el deslumbramiento de la *técnica sexual* y, por lo tanto, confundida con ella misma. En la sombra quedó lo que constituye el centro de la aportación. ¿Cuál es ésta?. El hecho de que todos los pasos del proceso de tratamiento de esas dificultades se desarrollan centrados en la relación. O más exactamente en las *interacciones* del encuentro. Y ésa es, por otra parte, la clave de la eficacia de sus resultados.

La unidad del encuentro frente a la medida del orgasmo

Todos saben ya que la *Sex therapy* de Masters y Johnson se lleva a cabo siempre en formato de pareja. Pronunciar este término impregnado para muchos de tanta ideología tiene sus riesgos. Pero es preciso mantenerlo. No faltan incluso quienes la han confundido con un voluntarioso consejismo tópico al uso, sin más transcendencia, al estilo del “sed buenos chicos y colaborad en el laboratorio para que el problema se arregle”. Al margen de estas anécdotas explicables, y yendo de nuevo al paradigma de los sexos, el eje de todo el planteamiento consiste en que así como las dificultades se generan en el encuentro –real o imaginario–, su resolución o replanteamiento tiene lugar, o puede tenerlo, interviniendo en ese mismo encuentro: dotándolo de otras reglas de juego, de otras referencias. Estas afirmaciones pueden hacer pensar en otros autores.

Habrán más coincidencias y podemos alegrarnos de ello.

Es importante, pues, insistir en este concepto de las interacciones producidas en todo encuentro puesto que el mismo tratamiento no tiene por objeto directamente la técnicamente llamada desde otro modelo de trabajo *disfunción sexual* de uno u otro de los sujetos; ni siquiera son tratados uno u otro *acompañado* por su pareja o *ayudado* por ella. Los sujetos no son trabajadores de la función o reparadores de la disfunción. Es necesario leer detenidamente a Masters y Johnson para darse cuenta de cómo se han hecho caricaturas que no corresponden con su planteamiento. Y, sobre todo, es importante su verificación empírica en la praxis clínica diaria. “El paciente de la *Sex therapy* es la relación”, esa entidad nueva, incluso distinta de sus componentes, que ambos han construido y por la cual se rigen. Esta es la letra pequeña de Masters y Johnson: que el objeto clínico es la relación. En definitiva, su *relación sexual*, concepto que es preciso distinguir del otro más extendido como *descarga genital* o *función orgásmica*, de sabor más reichiano, si bien esta connotación ha sido necesaria para el análisis.

También es importante tener en cuenta que en las investigaciones de Masters y Johnson, como en otras, una cosa es el experimento que ellos han realizado y otra su aplicación y generalización. Sin duda muchos han hecho de la aplicación una imitación del experimento. Por otra parte, ellos mismos no se han cansado de advertir que su trabajo “era un comienzo”, “que son necesarios muchos trabajos más para verificar y consolidar estas conclusiones”, etc. En definitiva, lo que ha sucedido es que se ha mirado más al dedo índice de los autores que a donde éstos han apuntado.

Con ello el marco del *nuevo* o *neo-locus genitalis*, sobre el que tanto se ha insistido durante las últimas décadas –y del que Masters y Johnson parecen haber sido tomados como estandartes–, pasa a ser un elemento más y en un plano secundario. Digamos que pasa a ser un medio, un instrumento, una estrategia,

una herramienta, como es el caso de la puesta en práctica de las progresivas concentraciones sensitivas (*non genital sensate focus*) y de otros recursos. Pero de lo que se trata es de saber qué se hace y qué se trabaja con esas herramientas, con esas técnicas. A partir de esa clarificación, el proceso terapéutico entero toma otro cariz y las aportaciones del laboratorio, es decir las técnicas y estrategias, se entienden y aplican de otra forma y conducen a otro fin.

Precisiones teóricas

Estamos, una vez más, en la centralidad de los conceptos. Si de la casuística clínica pasamos a una formulación de mayor alcance, es decir, generalizable y fuera del campo clínico o del experimento, ésta puede expresarse así: frente al criterio de la unidad de medida que fue el orgasmo como descarga, se plantea la unidad de referencia que es la pareja como encuentro. Con ello estamos de lleno en la noción de amantes. O sea, en la amatoria. Se ha criticado a Masters y Johnson por no contar con el *amor* y trabajar sólo el *sexo*. Sin pretenderlo, esta crítica ha apuntado a las nociones centrales que no son ni el amor ni el sexo del modelo antiguo sino el *ars amandi* de los sexos en el paradigma moderno.

Por otra parte, si separamos la parafernalia comercial organizada sobre ellos, es preciso reconocer que Masters y Johnson no han sido mesiánicos ni han ofrecido rupturas teóricas especialmente notorias. Lo que sí han hecho es contribuir al desarrollo empírico y verificable de la larga línea iniciada por el nuevo paradigma. Han planteado en sus investigaciones la hipótesis de que la *disfunción orgásmica* es relacional y que, por tanto, sólo puede ser entendida en el marco de los sexos y ésa es la que confirmaron siguiendo tanto la terminología como el modelo teórico del que partieron: el del Estímulo-Respuesta, que es el que tenían a mano como soporte técnico de sus experimentos. Aclarado esto, es igualmente importante dejar también muy claro que toda disfunción orgásmica es el resultado de una u otra dificultad llevada a la relación sexual, pero

más comúnmente complicada y aumentada en ella.

Según esto, es lógico concluir dos planos de conceptos: uno, el de su terminología de partida; y otro, el que empieza a partir del final del experimento, especialmente en su aplicación. La praxis clínica a partir de ahí, es decir, el plano posterior a sus trabajos primeros, da prioridad a las dificultades del encuentro sobre las disfunciones. Ello obliga, como en Gestalt, a distinguir el fondo de la forma. El fondo es el encuentro; la forma, las disfunciones. Puede, pues, trabajarse desde éstas, pero es preciso tener en cuenta aquél. Con la intervención en una serie de circunstancias –dicho de otro modo: con la alteración de unas sinergias e interacciones y la inducción de otras– se facilita un nuevo campo de juego para que los amantes produzcan encuentros fluidos y, por ese mismo efecto, desaparezcan los disfuncionales.

Estas formulaciones no son las que Masters y Johnson han hecho en sus primeras investigaciones, en sus *Escritos mayores*. Pero sí son las que reiteradamente han advertido con posterioridad, especialmente a la vista del desvío producido por el mal entendimiento de las técnicas mismas de la intervención o por el excesivo protagonismo de ellas sobre sus fines. Están en sus *Escritos menores*, entendiendo por tales la serie de textos aparecidos, generalmente en formato de diálogo o coloquio, si bien ratificado expresamente por ellos como autores.

Convendría precisar que estos escritos fueron cuidadosamente planificados y realizados y que, por ello, es necesario darles, al menos, la importancia que ellos les asignaron para explicar sus hallazgos en términos inteligibles. Es el caso de *El vínculo del placer* que apareció con sus propios nombres; pero también de otros que figuran en revistas de divulgación y en obras colectivas dedicadas a sus *Escritos mayores* y que llevan su sello bajo la forma de prólogos o prefacios. La tan comentada y reconocida “prosa abstrusa” de sus informes técnicos –por otra parte, como es sabido, intencionada– tuvo esta segunda parte con la que

es preciso contar al mismo nivel de interés que la primera. Masters y Johnson lo han reiterado sin cansarse⁴. Aparte de esta serie no conviene olvidar otra que, sin ser tan divulgativa, se dirigía al público universitario general y en la que figuran ellos como autores bajo la coordinación de Robert Kolodny⁵.

El enfoque relacional

Un punto más a propósito de las implicaciones técnicas de *la relación* es el problema de la clasificación etiopatogénica acostumbrada, centrada en torno a las causas de los problemas o dificultades denominadas *sexuales*. Antes de Masters y Johnson se estaba acostumbrado a distinguir entre dos parámetros en el diagnóstico: uno de orden orgánico o biológico y otro de orden psiquiátrico o psicopatológico. Tras la priorización del *planteamiento relacional* de Masters y Johnson, esas causas fueron automáticamente cuestionadas y replanteadas. Se ha dado poco interés a este punto enormemente importante dentro de sus innovaciones. Y es que tanto el *factor de la patología orgánica* como el de la *psicopatología*, que ocupaban un destacado lugar en la línea clínica anterior, se convierten en secundarios. Y pasa a ser prioritario el *factor relacional*. O sea, el de la interacción entre los sexos. Estamos en Sexología.

Desde él, lo nombrado antes como estrictamente orgánico o estrictamente psíquico necesita una reconsideración. Literalmente: “Sociocultural deprivation and ignorance of sexual physiology, rather than psychiatric or medical illness, constitute the etiologic background for most sexual dysfunction”⁶. Sin duda es una de las conclusiones de Masters y Johnson que también han pasado desapercibidas. Nótese, por ejemplo, que en la relación de los sexos no se trata ya del encuentro entre lo *orgánico* y lo *psíquico del sexo*, como todavía se discute en ocasiones, sino entre *uno* y *otro sexo*. Así, pues, sin menoscabo de que en ambos se den muchas variables dignas de consideración, las de la relación y el encuentro forman el eje central. En clínica se dirá: el obje-

to clínico es la relación. O también: la relación es el hilo conductor de la narrativa. Y resulta claro que el criterio de los sexos ha dado un cambio al objeto clínico, lo mismo que al escenario en el que se desarrollan los problemas. Las consecuencias no son banales ni anecdóticas. Son centrales. Todavía muchos debates siguen girando en torno a “causas orgánicas” y “causas psicógenas” de los problemas sexuales. Si tenemos en cuenta a Masters y Johnson, estas causas han pasado a ser un instrumental inservible o, al menos, revisable⁷.

En el prefacio a la segunda edición de la *Teoría de la comunicación humana* de Watzlavick, Beauvin y Jackson, escribe C.E. Sluzki, director del equipo de Palo Alto: “Cuando en el estudio de la comunicación humana se desplaza el énfasis de las *intenciones* a los *efectos* se opera una alteración cualitativa que afecta a la visión del mundo de sus protagonistas (...). Y cuando se desplaza ese énfasis desde los procesos *intrapésquicos* a los *interaccionales* se abre un nuevo campo de comprensión de lo que sucede: la psicología y la psicopatología tradicionales difícilmente sirven para describir y explicar los complejos procesos inter-personales”⁸. Es una coincidencia no casual ocurrida en las mismas fechas de la aparición de los estudios de Masters y Johnson.

Encuentro, relación y “ars amandi”

No es extraño que estas matizaciones resulten difíciles de captar por la divulgación masiva o la lectura apresurada. Digámoslo de nuevo: por los grandes titulares. Y, en esa simplificación, no es extraño que se vuelva a tópicos acostumbrados sin haber calado en estas innovaciones. Por otra parte, se suele estar acostumbrado, incluso sensibilizado, a expresiones tales como “es cosa de dos” o “son problemas de comunicación”, etc., sin duda procedentes de un extendido voluntarismo y de determinadas concepciones morales en vigor. La innovación de Masters y Johnson, oculta tras una inmensa cantidad de datos, técnicas y detalles –en la letra pequeña– ha indicado la prioridad de esta otra dirección.

No es otro el sentido de todo su sistema organizado y los distintos pasos del proceso terapéutico formado por la secuencia de acciones, tales como las entrevistas conjuntas y por separado a los dos miembros de la pareja, las puestas en común, la mesa redonda, los intercambios o explicaciones mutuas, la prohibición del coito como medida cautelar y su posterior administración dosificada, las técnicas y estrategias, la táctica y habilidad en la prescripción tutorizada del “sensitive focus”, las interacciones durante éste, el “pleasuring and being pleased”, las reestructuraciones emotivas y cognitivas, el *insight* sobre las trampas, errores y falacias, etc., etc. Por eso convendría distinguir en ellos lo que ha sido tan seguido, como son *las técnicas sexuales*, de sus descubrimientos, que no han sido ni tan entendidos, ni obviamente tan seguidos en la divulgación general. Se trata, en términos conceptuales, de una minuciosa materialización experimental y, en vivo, del nuevo *ars amandi* en la Época Moderna.

Visto en clave de ciclo histórico largo, se podría afirmar que la innovación más importante de Masters y Johnson consistió en construir un dispositivo experimental en el que probar y evaluar un fenómeno que la educación y la cultura de los sexos tenía aún por asumir: una prueba empírica de que ese entendimiento nuevo entre los sexos era factible. Acostumbrados a un lenguaje clínico, dieron a este dispositivo un formato terapéutico: el de las disfunciones, lenguaje que ha contribuido a la distracción del fondo de su mensaje.

También es necesario reconocer que no todos los casos tratados fueron exitosos, por una serie de factores en los que no es éste el momento para detenerse. Pero en un gran porcentaje, el suficiente para pasar la prueba, ésta dio positiva y concluyente. Esta sería, en términos de resumen, la principal aportación de Masters y Johnson en el marco del Hecho de los sexos. Si es preciso hablar en términos científicos y, si científicamente algo demostraron, fue precisamente eso: que los sexos se entienden o explican en la relación y el encuentro.

Si Bruckner y Finkielkraut, los autores de *El nuevo desorden amoroso*, así como Szaats con su *Sex by Prescription* y tantos otros que orquestaron las campañas contra la “grotesca orgasmoterapia de los sexólogos”, hubieran leído la *obra completa* de Masters y Johnson, se habrían podido ahorrar sus caricaturas. Aunque también es preciso reconocer su parte de razón puesto que, como analistas de una situación generalizada, ellos leyeron así el fenómeno del cual fueron testigos. Y ese fenómeno se dio. A cada cual lo suyo.

2. Ovidio en el laboratorio. Algunas observaciones más a propósito de la *Sex therapy* y la noción de amantes

En anteriores amatorias se ha insistido en aspectos tales como la seducción, el cortejo, el galanteo y la conquista. En el nuevo *ars amandi* las más importantes innovaciones han recaído, cada vez más, sobre el encuentro y la vida en común de los amantes. Una serie de indicadores dan cuenta de este cambio que progresivamente se ha ido haciendo cotidiano. Hombres y mujeres muestran cada vez más su deseo de vivir unas relaciones recíprocas y buscan las formas de hacer de esa idea una realidad. Eso ha traído consigo un incremento de la demanda terapéutica en casos de insatisfacción y asimismo una profundización en los formatos y contenidos de la *Sex therapy*.

Ovidio, al que seguimos refiriéndonos como al clásico por antonomasia de la amatoria de Occidente, relata uno de sus encuentros en el que, tras la seducción y conquista, no pudo “completarlo” por culpa de “su fallo”⁹. Sus descripciones son tan claras y explícitas, tan detalladas y exactas, que parecen tomadas de un manual de casuística actual, y es preciso hacer un esfuerzo para ver que se trata de hechos sucedidos hace dos mil años. Hoy, sin duda, añadiríamos una serie de conceptos nuevos. Aunque en el recuento que nos ocupa, diríamos que se trata de un episodio común de deficiencia erectiva y por lo tanto de escasa o nula transcendencia.

Pero lo más interesante es constatar lo que él hizo y lo que hizo su amante en tal situación. En

ese punto central puede cifrarse el gran cambio de un mundo antiguo en uno nuevo. Y esto nuevo no es precisamente el recurso a lo que él plantea en sus *Remedia*, que hoy se traduce todavía, *modo antiquo*, en la búsqueda de substancias vigorizantes de la *potencia* –fueron unas, hoy son otras, y bienvenidas sean todas como recursos coadyuvantes–, sino en la *inclusión del otro* en el tratamiento ya que no lo fuera en el encuentro. Si Ovidio reescribiera hoy su *Ars amandi* éste pasaría por los datos y conclusiones de la *Sex therapy*. Y la mayor innovación no consistiría precisamente en las *técnicas sexuales* ni en los trucos o recursos, sino, para empezar, en el hecho de la participación de *ambos*, es decir, *los dos*, tanto en la seducción y el galanteo como, y sobre todo, en el encuentro. Los códigos antiguos de la actividad atribuida a un sexo y la pasividad al otro –en definitiva, de la presencia de uno y de la ausencia del otro– han sido profundamente replanteados por la copernicana implicación del Hecho de los sexos.

Esta idea no es otra que la iniciada en el gran debate de la *Cuestión sexual* y del Paradigma de los sexos, llevada ahora a la experimentación cotidiana lo mismo que a la empiria controlada del laboratorio –conviene no olvidarlo–, es la idea matriz del nuevo paradigma de los sexos. Entenderla y desarrollar sus consecuencias y aplicaciones en los más dispares aspectos resulta sin duda preñado de sorpresas. No es extraño que doscientos años después de su gran aparición estemos todavía en los comienzos. De hecho, es significativo que la *Sex therapy* sea un fenómeno sólo producido a partir de la segunda mitad del siglo XX y no de antes, que es precisamente cuando se ha generalizado y consolidado el concepto de pareja iniciado exactamente hace un siglo. Muchos formatos terapéuticos, centrados en los individuos, son de antes. Este, centrado en la relación, si bien inspirado en aportaciones anteriores, es nuevo. O, mejor dicho, *el* nuevo.

El estudio centrado en la relación

Para ser más exactos sería necesario precisar que este interés por la terapia centrada en

el encuentro de los sexos no fue exclusivo de Masters y Johnson. Unos años antes, en la década de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, trabajaban distintos equipos con esta misma hipótesis, si bien no iban directamente a las hoy llamadas disfunciones sexuales sino a varios otros problemas, incluidos éstos, y nombrados todos como *problemas de la pareja*. Por ejemplo, en 1955 apareció el primer informe del grupo de Tavistock, en Londres, en el que se señalaba expresamente el trabajo realizado con 1250 parejas partiendo de la base de que “la unidad de tratamiento no son los individuos sino la relación”¹⁰. Desde la década de los años cincuenta y sesenta otros trabajos, como los de la Teoría de la Comunicación y de los Sistemas –recuérdese a Bateson, Watzlavick y el grupo de Palo Alto–, han terminado por enfocarse en esa dirección hoy ya más desarrollada y extendida como *terapia sistémica de pareja*¹¹.

Con ello no tratamos de quitar mérito a Masters y Johnson sino de constatar que, de una forma notoriamente explícita, y de otras implícitas, la idea estaba ya en circulación en esos años. Lo que Masters y Johnson aportan, como novedad, es entrar a fondo y sin restricciones en ese núcleo merodeado, evitado y fantaseado, más que estudiado y observado. La pregunta clave es por el conocimiento de qué sucede y qué puede hacerse para que, en caso de dificultad, suceda de otro modo. Su trabajo no fue excluir la línea general del encuentro sino incluir ésta en el marco de los sexos.

A partir de ahí el mérito, pues, de Masters y Johnson ha consistido en la verificación y posterior sistematización del sitio central de la realidad *sexual* en un formato terapéutico; de los problemas que plantea y de cómo pueden ser tratados estos problemas de forma expresa y prioritaria, incluso de forma intensiva dentro del conocido estilo de terapia breve, por oposición a otras más duraderas y largas.

Las reformulaciones o adaptaciones posteriores del formato de Masters y Johnson dan cuenta de esta minuciosidad compleja. Por ejemplo, la de Helen S. Kaplan con su aplica-

ción de los datos de investigación básica de los sexólogos a la clínica diaria fue de las más seguidas¹². Otra más nueva o reciente es el formato que profundiza en los procedimientos de la *Sex therapy* y los de la *Terapia sistémica* de manera explícita y conjunta¹³. La unión entre la *Sex therapy* de Masters y Johnson y el *Counselling* rogeriano es seguramente una de las más tardíamente elaboradas y aún a la espera de explicitación teórica, si bien su práctica es hoy un hecho extendido y conocido como *Sex counselling* y del que nos ocuparemos más adelante. En todo caso la suma y colaboración de estos nuevos productos ha terminado por ofrecer un resultado claramente enriquecedor para la idea que aquí nos guía que, si bien suele ser eclipsada por un interés pragmático centrado en los problemas y sus soluciones casuísticas, conviene no olvidar el teórico y explicativo que lo apoya, incluso que lo posibilita.

Entre la disfunción y el "insight"

Si profundizamos un poco más en el interior de la *Sex therapy*, y sobre todo en sus formulaciones desde los aludidos *Escritos menores* de Masters y Johnson, algunas estrategias y técnicas tales como la *prohibición del coito* o indicaciones dentro de ese marco, como es el caso de la práctica tutorizada del *sensate focus*, constituyen recursos que han podido ser aplicados como medios o herramientas para producir *directamente* un efecto individual sobre las dificultades mismas que se trataba de eliminar, léase sobre las conductas; pero que, administrados con esas y otras habilidades, inducen o pueden inducir a los sujetos a *darse cuenta* –*insight*– de forma palpable y operativa de cómo se desarrollan sus encuentros y cómo pueden, de hecho, alterarse al seguir otra lógica y otras reglas de juego: concretamente la lógica del Hecho de los sexos. Es decir, conducen a los mismos sujetos al descubrimiento de esos códigos nuevos de encuentro y esto tanto en el orden emotivo, cognitivo y conductual, como en otro menos considerado como es el marco de las vivencias, o sea, el existencial. Algunas obras del género de recuento, diarios

o memorias, escritas por pacientes que siguieron tratamientos con Masters y Johnson, dan cuenta de este otro lado, de esta otra versión, es decir, tal como fue vivida por éstos¹⁴.

Esta distinción de la diana misma de las técnicas es importante porque se trata de algo que los propios sujetos, ayudados, pueden descubrir, y no de algo que el terapeuta les aplica o prescribe como remedio sin que ellos sepan de qué se trata. Son ellos los amantes. El terapeuta es sólo una ayuda, un recurso, o más bien un coordinador de recursos. Pero son ellos los protagonistas. Se trata de que ellos sean ellos mismos y de que la relación sea *su relación*. Las dos estrategias en debate –una directamente centrada en la producción de cambios conductuales y otra directamente centrada en la producción de *insight*– son, pues, posibles y combinables. Pero convendría destacar las dos para poder comprobar cada una de forma diferenciada. La mayor divulgación de la primera, *centrada en las conductas*, ha podido restar interés a la otra *centrada en los sujetos*. Curiosamente ésta incluye aquélla, si bien no a la inversa. Por ello podemos afirmar que ésta ha resultado más elaborada y completa. Es ésta la más claramente dibujada en los *Escritos menores* frente a la otra extraída de los *Escritos mayores* posiblemente por las lecturas conductuales que han sido las más frecuentes.

Otro doble juego de posibilidades debatido a lo largo de sus tres décadas de historia ha sido la opción entre el trabajo centrado en los individuos que componen la relación o en la relación misma. Si en un comienzo la hipótesis básica y de partida se orientó hacia los individuos, con la consideración siempre del otro miembro de la pareja –de ahí la idea de pareja copartícipe o coterapéutica–, pronto se dio el salto al planteamiento de que, fuera quien fuera el máximo exponente de la disfunción o conflicto, la clave de trabajo residía en la propia relación, pasando los mismos individuos, por extraño que pudiera parecer, a un plano secundario.

Disfunción e *insight*; individuo y relación han sido motivos de debate y discusión pero

sobre todo de elección en la metodología de los tratamientos. Más que de oponer, se trata de claves a priorizar y combinar.

Terapia sexual, o sea, de los sexos

Con estas consideraciones el balance de la *Sex therapy*, a varias décadas del comienzo de su historia, ha dado ya un doble resultado: falazmente entendida y divulgada como *terapia del sexo* –desde *el sexo*– en la más antigua línea del *locus genitalis*, ha podido generar por sí misma la imagen de una vuelta al modelo pre-moderno del *amor y el sexo*, es decir un retroceso; entendida, sin embargo, como *terapia de los sexos* ha aportado su forma más explícita de tratamiento según la línea del replanteamiento moderno. Lo sucedido con el proceso de la *Sex therapy*, visto de forma evolutiva e histórica, consiste en haber posibilitado de forma operativa y práctica, empírica, el paso del *locus genitalis*, o neo-*locus*, por el que se empezó el trabajo, al Hecho de los sexos, en cuyo marco ha terminado.

Todavía sigue extendida la falsa idea, muy divulgada en los comienzos, de que *terapia sexual* es tratamiento de los problemas *sexuales*, entendiendo por tal la intervención centrada en el uso de los *genitalia*. De ahí la caricatura de que la función de los sexólogos es aconsejar *posturas y trucos*, ejercicios y tareas, técnicas sexuales, en definitiva. También sigue muy extendida la caricatura de que esos problemas sexuales son separables de otros problemas o conflictos de pareja y convivencia. Y así se usa con frecuencia el tópico de que la *terapia sexual* es sólo *terapia de disfunciones*, entendiendo éstas en el más rancio sabor del *locus genitalis*. Todavía abunda la idea de que *terapia sexual* es una intervención en el *sexo*; del mismo modo que *educación sexual* sigue siendo para muchos *educación del sexo* y no *de los sexos*.

Si releemos *El vínculo del placer* de Masters y Johnson –recuérdese: uno de sus *Escritos menores*– podemos entender mejor sus planteamientos científicos y aplicados, expuestos con la claridad que requiere la sali-

da del laboratorio y la entrada en el mundo cotidiano. En efecto, esta obra, elaborada inmediatamente después de *La incompatibilidad sexual humana*, es un informe sobre sus encuentros con grupos de parejas sin especiales problemas *sexuales*, es decir, que no han acudido en demanda de ayuda especializada, y que exponen cómo viven sus relaciones, ante las que Masters y Johnson intercalan sus ideas adquiridas tanto en la investigación como en la práctica clínica.

El vínculo del placer ofrece la muestra de cinco mesas redondas –de las once que se celebraron entre Mayo de 1969 y Junio de 1972–, que no fueron ni conferencias ni sesiones clínicas, sino diálogos que dan pie a exposiciones, en ocasiones desarrolladas en pequeños ensayos. El mismo estilo de la obra permite la reiteración y la insistencia, lo que favorece un mejor entendimiento bajo las diferentes situaciones. Master y Johnson son claros y explícitos en sus propuestas, si bien muy cautos en evitar generalizaciones. Pero no se privan una y otra vez de criticar la nueva mitología de las técnicas sexuales de las que ellos han sido blancos privilegiados, así como la nueva mitología de las metas, entre las cuales la principal es el logro o conquista del orgasmo.

Es decir, confundiendo lo que es ser amantes con una empresa tecnológica...

Los costes de una caricatura

El mayor riesgo, pues, de la *Sex therapy* desde sus comienzos ha sido su propia caricatura, al ser entendida más como *terapia del sexo* que *de los sexos*. Este error, fundamentalmente de conceptos básicos, puede ser comparado con otro conocido y que fue la adopción por Freud del concepto de *libido sexualis* en lugar de la *Erótica* o Eros. Siguiendo con las analogías históricas, la influencia que tuvo Freud en el comienzo del siglo XX puede ser comparable a la que en la segunda mitad han tenido Masters y Johnson. El peso de Freud fue grande; se puede decir que el de Masters y Johnson ha sido enorme. Las repercusiones de los tratamientos psicoanalíticos desbordaron el ámbito clínico para pasar al campo

general de la cultura; con las de Masters y Johnson ha sucedido un hecho similar. Sus referencias están ya por todas partes.

Por ello es importante profundizar con más detenimiento en sus aportaciones en lugar de conformarse con sus divulgaciones panegíricas o críticas en función de los tópicos. También sucedió con Kinsey: el fenómeno del escándalo de las cifras y los cuadros estadísticos impidió entender el núcleo de su trabajo. Y se repitió con la parafernalia reparadora de la tecnología de Masters y Johnson. Releer ahora, varias décadas después, la simplificadora propaganda, incluida la polémica, de la que fueron rodeados, explica muchas cosas.

Aunque hoy ya parezca obvio, no estaría de más resaltar que la priorización del encuentro sobre la técnica no avala el planteamiento de quienes han rechazado o criticado los datos de Masters y Johnson con argumentos morales. Esto ha solido expresarse en términos de que “lo importante no son los aspectos sexuales sino la comunicación” o que “tratando la comunicación se arregla todo”, etc. Ahí son de suma utilidad las estrategias y tácticas de Masters y Johnson, y no sólo las técnicas: posiblemente en ellas se habla poco de comunicación, pero se la potencia desde la raíz.

Por otra parte, partir de *los sexos* no es excluir *los genitalia* sino hacerlos de los sujetos. ¿Será necesario recordar que no es posible un sujeto no sexuado?. Ése es el encuentro al que aquí nos referimos: el encuentro por antonomasia de los sujetos en el marco del Hecho de los sexos. Más que ser, pues, menor o mayor la importancia de los llamados “aspectos sexuales”, se trata de su carácter central y no periférico.

Fuera de la clínica

Al principio de este apartado nos hemos tomado la licencia de afirmar que Ovidio iría hoy con su amante a la *Sex therapy*; o ella con él. Se trata de *ambos sexos*. A partir de este hecho podemos reformular todos los componentes del *ars amandi* antiguo por un *ars amandi* nuevo.

Pero no se trata de llevar a Ovidio ni al laboratorio ni a la clínica sino de que la cultura y la educación cuenten con estos hallazgos. Cuando los protagonistas de *La pareja* —el Sr. y la Sra. K. ya citados— tras meses de haber pasado por St. Louis, tratan de responder a sus amigos a las preguntas relativas a *qué había pasado allí*, hay una expresión que recuerdan, dicha por el Dr. Masters en repetidas ocasiones: “Ustedes no necesitan un terapeuta, sino un árbitro”. Un árbitro que regule las relaciones pero sobre todo que conozca las reglas de juego a las que atenerse.

¿Cuáles son estas reglas? Tratando de resumir, se podría decir que no son las reglas del *amor* —y el *sexo*— sino las de una nueva amatoria, un nuevo *ars amandi* entre los sexos. Se ha especulado mucho sobre aquél y se ha dedicado poco tiempo e interés a éstos como sujetos sexuados con todas sus consecuencias.

3. El paso de la *Sex therapy* al *Sex counselling*¹⁵: las conclusiones de dos experimentos

La experiencia terapéutica tiene lugar en el trabajo realizado en ámbitos reducidos, semejante a las muestras de laboratorio que, en este caso se desarrollan en un marco propio para sujetos con dificultades específicas. ¿Se puede hablar de ese *insight* o de uno similar fuera o más allá de ese marco terapéutico? Dicho en otros términos: si tomamos esos datos como un experimento limitado, la pregunta que sigue, por lógica, es la siguiente: ¿puede, a partir de éste, generalizarse en un marco más amplio? Si esto es posible estaremos en condiciones de contar con recursos capaces para extender un uso más operativo del conocimiento y, sobre todo, de su aplicación a las relaciones de los sexos.

Nuestra respuesta es afirmativa. Y la vía es el *insight educativo*, muy cercano a lo que desde otros ámbitos es denominado *aprendizaje significativo*. Ésa fue, por un lado, una de las grandes aportaciones de Carl Rogers, concretamente el Rogers de los años cuarenta, el primer Rogers, al plantear el concepto y la prác-

tica del *Counselling* como alternativa previa a la de *Therapy*; y, más aún, el de *Education*, en este orden, como la alternativa previa a ambos¹⁶. Ése fue, paralelamente, el proyecto de Masters y Johnson en los años setenta con los mismos tres niveles: *Sex therapy*, *Sex counselling* y *Sex education*.

En los dos casos se trata de dos experimentos que comenzaron en la clínica pero que, en lugar de quedarse en ella, fueron abiertos a la sociedad y la cultura. Se trata, en definitiva, de dos grandes proyectos cuyos resultados nos interesan aquí como gestión de recursos para una nueva cultura de los sexos y su también nuevo *ars amandi*.

Breve rodeo previo

Sabemos que una gran parte del trabajo clínico-terapéutico puede denominarse educativo. Y suele justificarse por alusión a las lagunas o carencias de los individuos en sus biografías. Las referencias a estas carencias, o dicho en positivo, a una necesaria educación sexual, son una constante alusión en todos los estudios sobre terapia sexual. Algunos han ido aún más allá: toda intervención terapéutica es una prueba de fracasos educativos y su objetivo no es sino una educación especializada, una re-educación que supla dichas carencias. Los que más lejos se han atrevido a llevar esta afirmación han sido, sin duda, Masters y Johnson, los padres de la *Sex therapy*, por un lado, y, por otro, los incansables hasta la terquedad, en la insistencia sobre la necesidad de una *Educación Sexual* desarrollada de una forma seria, organizada y sistemática. Es obvio que no se trata de llamar educación sexual a cualquier cosa improvisada; pero de ello nos ocuparemos más adelante.

Lo nuevo de este proyecto como fórmula no es que esta oferta sea, en parte, *asistencial*, tal como ha solido ser contemplada y que, de hecho, lo es; sino que, en sus diversos formatos o aplicaciones, es planteada como capaz de generar en los sujetos un *insight* que les capacite para ser más ellos mismos y vivir más libre y autónomamente sus vidas, tal y como

corresponde a sujetos sin dependencia de tutelares exteriores sean éstas del orden que sean. Fundamentalmente se trata del conocimiento. Por eso este proyecto ha podido, de entrada, ser considerado idealista y utópico. Es preciso ser conscientes de ello. Pero vamos a plantearlo en términos minimalistas y no de máximos. Si hemos elegido esos dos hitos que son Carl Rogers y Masters y Johnson es, entre otras razones, porque ya nos resultan familiares en lo que venimos planteando. El primero a propósito del *insight* y los segundos en lo que ya fue expuesto con relación a la *Sex therapy*. Otra razón: su inmensa repercusión obtenida entre los profesionales, por supuesto, pero también en la sociedad.

Los dos debates paralelos

Las innovaciones de Rogers fueron objeto de grandes debates en la década de los años cuarenta y cincuenta; las de Masters y Johnson lo fueron en la de los sesenta y setenta; las de aquél giraron en torno al sujeto y sus conflictos; las de éstos en torno a los sujetos sexuales y sus encuentros. Sus coincidencias en los puntos que nos interesan han sido raramente expuestas. Por ejemplo, en cuanto a uno de los principios conceptuales básicos de ambos que es la afirmación central de las capacidades que, de entrada, tienen estos sujetos.

En lo que se refiere a Carl Rogers un cierto equívoco ha llegado a nombrar este principio con el malogrado apelativo de *natural*, llevando así a sus correspondientes equívocos relativos a “lo natural” y “lo cultural”, o “por naturaleza” y “por cultura”. Convendría revisar esas interpretaciones a la luz de la obra completa y sus desarrollos. Tal es la importancia de ese principio y de las consecuencias de sus planteamientos. El principio enunciado por Rogers relativo al valor o capacidad de los sujetos tiene muy poco que ver con ese esquema dualista y mucho —él ha insistido sin cesar— con una concepción moderna de los sujetos como libres, autónomos y democráticos. Los tres apelativos son suyos. John Dewey estaba al fondo: “El pensamiento —escribía éste— no

es sólo algo hecho para los sujetos sino que ellos mismos hacen”¹⁷.

Conviene no olvidar que la elaboración de la aportación del primer Rogers tuvo lugar en plena ascensión de los históricos fascismos y la publicación de la obra a que nos referimos, en medio de la II Guerra Mundial, de cuyo marco nadie se vio ajeno. También podría ser útil recordar, sobre todo en el ámbito norteamericano, el subsuelo puritano que generó la idea calvinista de sujeto y, por ello, la búsqueda de una salida moderna¹⁸.

Si en el caso de Masters y Johnson esto no ha resultado tan transparente en el orden de las ideas, la causa es el hecho de haber impregnado o cubierto su investigación de argot técnico intencionado hasta la exageración, hecho que ellos mismos han explicado por razones circunstanciales, como fue la prevención contra los prejuicios científicos e institucionales con vistas a evitar cualquier concesión que pudiera dar pie a la *banalización de la temática*. Hacía falta cubrirse y curarse en salud dentro de un marco exageradamente *científico* hasta el exceso del formulismo y, desde luego, bajo la protección y el sello frío y duro del laboratorio y su imagen de rigor. Las mismas traducciones a las distintas lenguas llevan encima ese estigma de la ambigüedad y confusión. No faltan quienes han llegado a afirmar que sus obras son filológica y estilísticamente bárbaras¹⁹.

Conociendo las circunstancias históricas y geográficas, y sobre todo ideológicas y morales, es preciso tener en cuenta tales prevenciones. Pero, por debajo de esta parafernalia, sus constantes observaciones relativas a las posibilidades de entendimiento de los *sujetos* como tales sujetos, y no como *objetos*, no dejan lugar a duda sobre el mismo principio básico enunciado a propósito de Rogers. Es lo que se puede encontrar en los ya aludidos *Escritos menores*.

*El paso de la “Therapy” al “Counselling”:
o de la nomenclatura del paciente
a la de cliente*

Entrando más directamente en sus respectivos modelos terapéuticos, por lo que se refie-

re a Rogers, éste escribe: “La nueva terapia –que, en realidad ya no llama *therapy* sino expresamente *Counselling* (es muy importante este dato)– no se centra en los problemas sino en los individuos”. “Su meta –continúa– no es resolver un problema particular sino ayudar al individuo a crecer y desarrollarse de forma que sea capaz de afrontar de un modo más coherente tanto el problema presente como otros que puedan surgir”²⁰. Se trata de entender(se) y explicar(se) –de hacerse inteligibles– a sí mismos con ese problema o con el que fuera. Se trata, pues, de lo que él denominará “centrarse en el sujeto” para que éste se concentre y busque en él²¹.

La base de este planteamiento –resumirá años más tarde, haciendo historia– era una idea: “Se trataba de la hipótesis, lentamente elaborada, y comprobada después, de que todo individuo es poseedor de grandes recursos que le han de permitir comprenderse a sí mismo, cambiar la idea que tiene de sí mismo, sus actitudes, y el comportamiento que se ha impuesto, y que tales recursos pueden ser actualizados si él *toma conciencia* de ello...”²². En otras palabras: es el mismo sujeto quien, con sus recursos, es capaz de afrontar esos y otros problemas. Lo que el terapeuta hace es facilitar y trabajar con el *cliente* –que no ya *paciente*– la tarea de ese *darse cuenta*, ese *caer en la cuenta*, de ese *insight*. En definitiva, la función del terapeuta no es ya tanto modificar directamente su conducta, sino incitar y propiciar la producción de *insight* para que, dándose cuenta, pueda *ver* lo que es más conveniente para él²³.

La alternativa de Rogers unía así, en términos modernos, la acción terapéutica con la acción educativa llevando a la fórmula media el *Counselling*, la idea clave –y, no se olvide, clásica– de que educar no es adoctrinar sino contribuir a que cada cual conozca sus propias posibilidades y capacidades. Recuérdese el principio de que en Sexología, más que de *curar* se trata de *cultivar*²⁴. Tampoco en esto se trataba de descubrir el Mediterráneo pero sí de hacer ver de una forma ejecutiva que el Mediterráneo seguía ahí.

Por otra parte, bajo una sencillez que podría ser confundida con simpleza —ése ha sido también uno de sus riesgos— aportaba una desmitificación y, con ello, una relativización del carácter “crítico” y “apartado” de lo que sucedía en el interior de la clínica: es la primera vez que aparece publicado el material completo de lo sucedido en las distintas sesiones de un caso, como aparece en la obra base de 1941 que nos sirve de referencia.

*El paso de la “Sex therapy”
al “Sex counselling”*

“La *Sex therapy* —afirmarán por su parte Masters y Johnson de forma reiterativa, como vimos en un capítulo anterior— no se centra, de entrada, ni en los problemas ni en los individuos, sino en la relación”. “El objeto de trabajo en la *Sex therapy* es la relación”. Los pasos más básicos, como también se anotó, son comunes para todas las parejas que solicitan ayuda, se trate del problema que se trate. Siguiendo el modelo teórico del aprendizaje, ellos han hablado de una *re-educación*, de un *re-aprendizaje*. Y lo han hecho de forma insistente respecto a la necesidad de educación sexual como base y dentro de la cual la misma terapia sexual no es sino un capítulo, un tramo más²⁵. El formato de tratamiento, como el de Rogers, es intenso y breve: exactamente dos semanas según el diseño publicado en sus informes, si bien ha sido alterado según las adaptaciones a las distintas circunstancias de uso.

Por otra parte, Masters y Johnson, como Rogers, expusieron su modelo, de forma intencionadamente ajena a encuadres tanto de patología médica como de la psicopatología psiquiátrica. “No quisimos que la *Sex therapy* fuera integrada en un cuadro de carácter psiquiátrico... ni propusimos un especialista clásico porque veíamos que era preciso una figura nueva con una función nueva”²⁶. Por otra parte, cuando Masters y Johnson se clasifican a sí mismos en sus textos no se incluyen ni en la línea de la Terapia conductual ni en la Psicodinámica ni en la Humanista. Se sitúan con una línea propia: la suya.

Hoy vemos que tanto el *Sex counselling* como la *Sex therapy* han sido practicados por profesionales muy diversos y no necesariamente según la tradicional forma de entender la clínica ni los problemas. Ese mismo rasgo ha traído consigo una serie de debates, tanto de orden profesional y ético, como epistemológico y técnico que muestran la persistente dificultad para digerir dichas innovaciones. El antiguo modelo del *locus genitalis o neolocus* frente al marco del nuevo paradigma se repite en todos estos debates.

Como ya quedó indicado, un problema *sexual* no es fundamentalmente una psicopatología en el sentido antiguo de la *Psychopathia sexualis* o de ésta adaptada y prolongada. Es una dificultad común y general de los sujetos. Y si esto es así, concluyen, habrá que abordarlo como es. Rogers había introducido la idea de *counselling* frente a la de *therapy*, desclinalizando los planteamientos y los mismos formatos de tratamiento. Masters y Johnson plantearon la *Sex therapy* de cuya práctica surgió pronto, por el mismo efecto, el *Sex counselling*. Es importante advertir este paralelismo histórico o, si se prefiere, esta confluencia que, a pesar de diferencias patentes, une en unos ejes centrales proyectos aparentemente distintos.

Técnicas y estrategias

La estrategia general del producto elaborado por Masters y Johnson —y las distintas técnicas parciales de cada tramo— integran una serie de técnicas y recursos bajo distintas formulaciones como *prohibiciones* y *permisividades* y que, bajo denominaciones intencionadamente solapadas de prescripciones o indicaciones, contribuyen por un lado, a distraer la ansiedad de ejecución y, por otro, a potenciar la exploración de innovaciones en el ámbito de los deseos. Así, la prohibición del coito, por ejemplo, permite la exploración de aspectos de la erótica; las permisividades o prescripciones de focalizaciones sensoriales progresivas propician la organización de los aprendizajes acumulados que, a su vez, incitan a otros siguientes de for-

ma no-ansiosa, es decir, razonable. Más aún, viable.

La técnica de la *permissividad*, que había sido ideada y desarrollada por Carl Rogers tres décadas antes, propiciaba la aplicación de una serie de tácticas, tales como la del espejo, o la de reorganizaciones cognitivas, mediante la creación de situaciones paradójicas, etc. en un proceso que pretendía siempre llevar al sujeto a *darse cuenta*. Curiosamente –y tal vez sin la transcendencia que Rogers dio a ello– Masters y Johnson usan algunas técnicas similares como la misma del espejo, si bien añaden otras muy distintas²⁷. Para reconocer estos planteamientos conviene insistir en la centralidad de las estrategias y no en los detalles periféricos de las técnicas.

Rogers tenía muy claro el objetivo de la producción de *insight*, y así lo nombra, mientras que Masters y Johnson, acentúan ese recurso a través de lo que llaman información o conocimiento experiencial –mediante los juegos eróticos de la focalización sensorial, por ejemplo– y la prohibición de *metas*, que son las creadoras de ansiedad. Un ejemplo de meta es por ejemplo *conseguir* la erección en un caso de impotencia o *alcanzar* el orgasmo en un caso de anorgasmia. Al prohibir unas metas, automáticamente se prescriben (permiten) otras: experimentar, vivenciar, notar, sensar, sentir, etc. Juntar ambas tácticas globales, como dos caras de la misma moneda, en el mismo formato de trabajo, constituye una estrategia que produce efectos paradójicos que no pueden sino producir *insights*. La experiencia lo confirma.

Estamos, pues, en una vía muy similar, se reconozca o no en ámbitos académicos, es decir, por razones de diferenciación de escuelas o corrientes de pensamiento. El desarrollo de este aspecto en los años sucesivos por parte de la generalización de la práctica hace que hoy ya nadie se extraña de ese paralelismo. Estos procesos diseñados por ambos formatos de tratamiento no son sino escenarios organizados y artificiales –de laboratorio– en los que se juegan los problemas y las formas de entenderse de los sujetos con ellos y con otros,

así como con otras formas alternativas que surgirán de esos experimentos.

La ayuda de los especialistas en ambos casos no consiste en aconsejar o decir qué se debe o no se debe hacer, –qué es bueno o qué no lo es– sino en propiciar y facilitar –pilotar– a los sujetos en sus propios descubrimientos en los que se confía y para los que están dotados. Los especialistas colaboran mediante la organización de estrategias y la coordinación de las distintas técnicas, pero quienes *se dan cuenta* de lo que les sucede y, a partir de ahí, se reorganizan son los sujetos mismos. Y esto tanto en términos individuales, en el caso de Rogers, como en términos de relación, en el de Masters y Johnson²⁸. Una serie de técnicas específicas más, o de recursos, según las dificultades concretas de cada caso, serán añadidos tanto por Rogers como por Masters y Johnson. Pero conviene, insistimos, no perder de vista qué es central y qué es periférico.

Simplificaciones

No es ya necesario recordar que así como la aportación básica de Masters y Johnson fue reducida a sus técnicas y trucos, la de Rogers había sido también caricaturizada y su mensaje central trastocado. Todos conocen las exageraciones que se hicieron por ejemplo a propósito de la noción rogeriana de *no-directividad* cuando, de hecho, ésta no constituía sino una herramienta o recurso, una estrategia distractora de la ansiedad con vistas a crear un marco de empatía o confianza –nueva estrategia– para ir pronto al fondo de la cuestión, que era propiciar que los sujetos se dieran cuenta por sí mismos de ese particular *eureka* que es el *insight* como forma de conocimiento.

Al ser todo permitido y dejar entre paréntesis un gran peso de normas coercitivas distractoras, el sujeto se encuentra, o puede encontrarse, en una situación de búsqueda más propia y personal, asumiendo su gestión y dirección en el sentido más pleno. Las técnicas, pues, son claras. Pero es evidente que necesitan ser aplicadas con prudencia y destreza de forma que

su aplicación no cree lo contrario de lo que se propone: perderse aún más. “Muchos abusos –escribe Gondra en su tesis doctoral sobre Rogers– fueron producidos por usar técnicas de Rogers sin la filosofía que las inspiraba. Muchos usos convirtieron al *Counselling* en una forma burda de manipulación”²⁹.

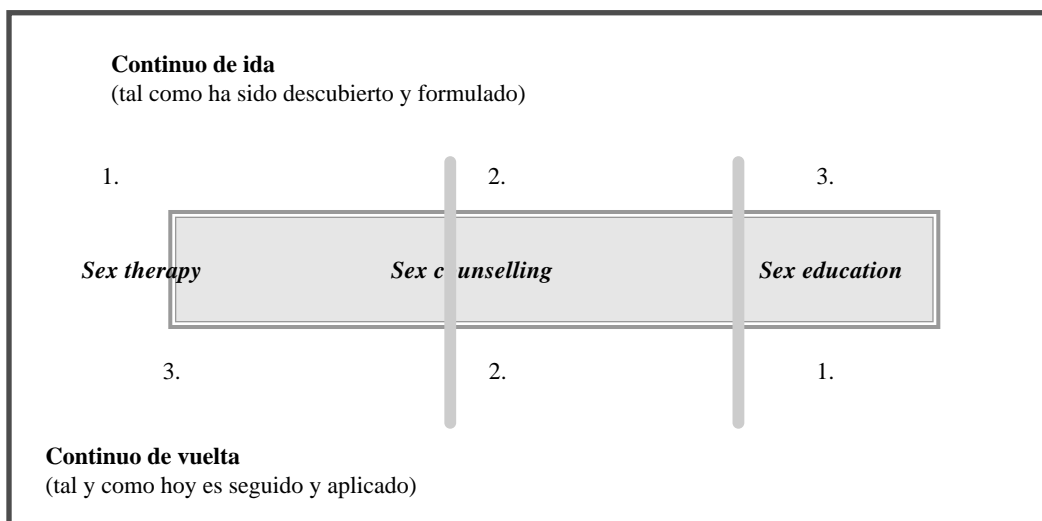
No están lejos de estas deformaciones algunos hechos de fondo, por otra parte, fáciles de detectar. Por ejemplo Rogers, si bien formado en una fuerte exigencia de rigor científico y metodológico, no tuvo reparo en tomar prestadas una serie de aportaciones de la fenomenología existencial y luego de la teoría de la Gestalt, nada aparentemente *científicas* sino *humanistas*; y es preciso afirmar, muy ajenas al conductismo como abanderado de la *cientificidad*. Masters y Johnson, por su parte, ajenos de entrada a los planteamientos de Rogers, partieron en la dirección de un *cientificismo* ya tópico, si bien salteando aquí y allá sus informes de rotundas precauciones para no caer en la mayor simplificación que es objetivar a los sujetos. Estas confusiones o equívocos hacen difíciles la comprensión de los puntos de conjunción que planteamos, más por razones de ortodoxias académicas que de contenidos conceptuales y operativos; pero el carácter interdisciplinar de la Sexología y el diálogo que

propicia, proporciona estas agradables sorpresas.

*Del “Sex counselling” a la “Sex education”*³⁰

El resultado final de este proceso madurado durante varias décadas ha sido que la trilogía de profesionales de la *Sex therapy-Sex counselling-Sex education*, juntas en su continuo o por separado en sus distintos segmentos, son un hecho en la práctica sexológica. En el caso de EE.UU. pasan de 50.000 los profesionales que integran las dos organizaciones más representativas³¹. El gráfico siguiente puede ofrecer este continuo que, por un lado, se ha originado desde la *Sex therapy* para concluir en la *Sex education*; y, por otro, al revés, desde ésta a aquélla; pero en ambos casos pasando por el *Sex counselling*. (Véase figura 1).

Si hemos tomado la referencia de EE.UU. es sólo para acentuar la organización de profesionales que más gráficamente ofrece la desabsolutización de la patología sexual antigua y la gama de espacios que permite tener en cuenta los nuevos planteamientos, si bien no conviene olvidar que esta *trilogía de recursos* corresponde al modelo implantado por la Organización Mundial de la Salud en 1974³². El proceso de ida o de elaboración parte de la *Sex therapy*, pasa por el *Sex counselling*, para



concluir en la *Sex education* y reproduce la historia que ha sucedido desde el experimento a la generalización. El otro, el de vuelta, es el seguido hoy en el trabajo diario: empieza por la *Sex education*, lo que hace o puede hacer disminuir los problemas; si los hay, comunes y no graves, se dispone del *Sex counselling*; y, si los hay más graves, se puede recurrir a la *Sex therapy*. Y aquí termina el modelo externo como tal, para seguir en el punto más central y también la mayor innovación: el trabajo en los tres tramos del continuo centrado en el *insight* de los sujetos.

Con ello se ha cambiado tanto el sistema antiguo de la patología extendida de una manera invasiva y general —recuérdese: el de la *Psychopathia sexualis* y sus secuelas aún en vigor—, como contribuido a fomentar la cada vez más activa participación de los sujetos en la resolución de sus propias dificultades, lo que, sobre todo, equivale a dar un paso muy importante en la toma de conciencia de su propio protagonismo. Los problemas no se producen por factores misteriosos o ignorados sino de forma inteligible. Y también de esa forma pueden arreglarse por ellos mismos, que sería el objetivo deseable, o con la ayuda, en su caso, de los especialistas.

Ambos experimentos en la resolución de los problemas partieron de un planteamiento clínico clásico, antiguo, para ser reformulado y conducido hasta sus últimas consecuencias. Se empezó por los problemas; de éstos se pasó a los individuos; y de éstos a su relación; y se terminó en el planteamiento de la importancia de su educación. Dicho de otra forma: la clínica ha mostrado ser un recurso reparador *in extremis* cuando falla la educación. De donde se desprende que lo más urgente es ésta.

4. Del *Sex counselling* a la *Sex education*.

La educación sexual desde el paradigma moderno de los sexos

Los resultados de la *Sex therapy* y del *Sex counselling* han sido considerables y todo el mundo cuenta ya con ellos. Pero si una de sus

conclusiones más claras y reiterativas es la necesidad de *Educación sexual* será también importante plantearse ésta, no ya en términos antiguos o como una voluntariosa componenda preventiva de enfermedades o trastornos —aunque *también*—, sino como es, de hecho, desde el nuevo paradigma: como el recurso que más puede contribuir de modo directo a la consolidación y avance de una cultura de los sexos y, por lo tanto, de su nuevo *ars amandi*.

Si estas afirmaciones u otras parecidas suelen resultar hoy obvias y hasta tópicas, lo que no resulta tan claro es ni la forma de articular ese recurso ni el qué de su pragmática. La educación sexual es una expresión del siglo XIX que ha recorrido el XX recogiendo los distintos imaginarios que cada ciclo corto ha puesto en ella. Por ello resulta interesante detenerse tanto en sus formas como en sus contenidos.

Planteamientos pre-modernos aún vigentes

En cuanto a las formas, el defecto ha sido no contar con el *insight*; y en cuanto a los contenidos, el haber estado más atentos a las antiguas ideas reproductiva y hedónica que a la moderna tesis sexuante del nuevo paradigma. De ello se han derivado los correspondientes efectos y deformaciones. Siguiendo una, se ha solido dar información sobre los anticonceptivos para evitar embarazos no deseados. Y siguiendo la otra, se ha solido ofrecer información para disfrutar del placer³³.

Estos puntos de partida en los que la educación sexual se ha estancado han conducido a dos grandes defectos a cual más desafortunado: uno, centrado en la prevención de peligros y situaciones de riesgo y que, obviamente, más que de educación sexual se trata de campañas de emergencia socio-sanitaria como sucede, por ejemplo, ante cualquier amenaza bacteriana o vírica sobre la que es preciso informarse para prevenirse. Es claro que no es ésa la idea central que aporta la *Educación sexual* de la que aquí tratamos sino en todo caso un indicador del reconocimiento de su fracaso que trata de paliarse con acciones sustitutiva³⁴.

El otro defecto podría ser visto como una aplicación del recurso inductor de permisividad, no como estrategia de búsqueda –tal como ha sido planteada o se lleva a cabo dentro de la *Sex therapy* o del *Sex counselling*– sino como esnobismo o permisividad moral. Recuérdese, de nuevo, la *hipótesis represiva* de Foucault. En tal caso, lo más que se ha logrado no ha sido sino continuar con la falacia de dar lo prohibido como permitido en el más paternalista estilo de moral anti-sujeto, o sea pre-moderno.

Se podría añadir un defecto más al que ya se ha aludido en diversas ocasiones. Y es que la generalización de los dos anteriores ha llegado a ser tan claramente reductora, tan de *locus genitalis* o de *neo-locus*, tan de carne cristiana red denominada *sexo* que, para salir de ella o, tal vez para quitarse la mala conciencia, un sector de opinión optó hace algunos años por corregir la fórmula y hablar de *educación afectiva y sexual*. Llamar a todo eso educación sexual es usar una *fórmula con denominación de origen* para ofrecer un producto que poco tiene que ver con ella, lo que en términos comunes suele llamarse una *falsificación*. O más aún: un fraude.

Por resumir

Para denominar esas prácticas o campañas podría perfectamente hablarse de información *reproductiva* o, si se prefiere, *anticonceptiva*, puesto que se parte del *locus genitalis* de la hipótesis reproductiva y se trata de reproducción, si bien en una época ésta puede ser más estimulada, y en otra más bien evitada. En segundo lugar, en cuanto a la información sobre el placer, puesto que de tesis hedónica se parte, es decir del *neo-locus*, podría hablarse de educación para *el placer*, también según unas rachas morales más prohibitivas u otras más permisivas en función de la moral social del momento. Por último, puesto que se ha añadido *lo afectivo* a *lo sexual*, podría usarse claramente una fórmula anterior, que ya existía, conocida como *educación para el amor y el sexo* en el sentido ya indicado. Seguir abusando

del apelativo *sexual* para designar este magma o *revuelto a-conceptual* equivale a situarse en términos históricos en el segundo tercio del siglo XIX y en la corriente más reaccionaria, no sólo al margen, sino en contra de la mayor innovación de la Época Moderna en este campo.

Por supuesto que no se trata de negar la necesidad de una información o divulgación sino de indicar que una cosa es la higiene básica –incluyendo el *recto uso de los genitales*– y otra la *Educación sexual* organizada y sistemática. Lo grave es que las caricaturas han logrado que una sustituya a la otra y con ello se ha desactivado la educación sexual. No es ya necesario recordar que esa operación, esa forma de desactivar el lenguaje y los conceptos, se ha repetido en diversas fases históricas.

Lo que el paradigma sexual moderno plantea es que, más allá de la reproducción o del placer, o aparte de ellos –puesto que no son excluidos, sino reconsiderados–, *la educación sexual es una educación de los sexos*. Y no del *sexo*, es decir del *locus genitalis*, sea cual sea la metamorfosis bajo la que éste se disfraza. Si es a partir de ahí como la realidad sexual ha entrado en los sujetos, será teniendo en cuenta este hecho como será planteable y posible una entrada en la vía del *insight*. Es decir, que los sujetos puedan conocer a fondo –*tomar conciencia, darse cuenta, caer en la cuenta*– de lo que significa para ellos tanto su condición sexuada como las consecuencias que se derivan de ello³⁵. Ahí, pues, podemos empezar a entendernos sobre lo que es una educación sexual que corresponde a su concepto y a su denominación de origen: se trata de una *educación de los sexos* con *insight*.

Algunos ejemplos

Tratando de exponer su desarrollo de forma muy resumida podemos usar el formato de un experimento con dos muestras: a una, formada por alumnos que recibe esa educación sexual antigua o de *locus genitalis*, vamos a llamarle Grupo A. Y a la otra, que recibe la educación sexual planteada desde el paradigma del hecho de los sexos con *insight*, Grupo B.

El grupo A recibe información sobre anti-conceptivos y sobre el ejercicio del placer. Obviamente nadie pone en duda que esto sea importante “para evitar embarazos no deseados” y “porque el placer es un derecho”. Simplemente se trata de otra cosa. Concedemos también que nadie va a decir que esta educación es parcial sino integrada en la persona, especialmente por las alusiones a los afectos y al amor, según la voluntariosa mezcla o popurrí conceptual en uso. También es preciso admitir, sin ninguna clase de duda, la utilidad de la misma “dada la gran necesidad, incluso la urgencia de estas informaciones”, urgencia y necesidad que se pone aún más de manifiesto ante el riesgo de embarazos no deseados y, más todavía, por el avance de las enfermedades de transmisión *genital*, entre las cuales está el *sida*. Toda esta información puede ocupar un tiempo mayor o menor. Si se dispone de más tiempo parece que es mejor que si se dispone de menos. Pero lo que nos parece importante no es tanto la cantidad de información sino el contenido referencial del mensaje de *locus genitalis*.

El grupo B no recibe ninguna información directa o de especial utilidad inmediata de carácter preventivo, higiénico o sanitario, ni por razones de necesidad, menos aún de urgencia, etc. sino que es invitado a plantearse preguntas relativas a cómo se explican –o entienden– ellos o si ven de interés preguntarse y explicarse cosas tan aparentemente lejanas o distantes como es el hecho de los sexos y sus consecuencias, la intersexualidad, los caracteres sexuales primarios, secundarios y terciarios, etc. En definitiva –por usar conceptos referenciales–, la sexuación, la sexualidad y la erótica, para *aterrizar* en la amatoria o *ars amandi*³⁶.

Cómos y quéés

Frente al *pragmatismo directo y de utilidad inmediata* –léase asistencial– de lo que ha recibido el grupo A, el grupo B ha sido invitado sólo al *conocimiento* que suele denominarse especulativo o teórico pero puede ser –y es, de hecho: a él nos referimos– explicativo y, por

lo tanto, objeto de interés. Frente a los *cómos* o el *cómo hacer* pragmático de lo recibido por el grupo A, el B sólo ha recibido claves para entender y explicarse *quéés*, a través de los cuales entender(se) y explicar(se) con una serie de nociones o desde ellas. Es posible que en el grupo B no se hayan planteado previamente ni la necesidad de estas claves ni siquiera los *quéés*.

No obstante, y aunque no suela parecerlo, el conocimiento teórico es también de orden práctico, porque entender *quéés* es, y no puede no ser, práctico. Y porque plantearse preguntas es una vía más práctica que la llamada práctica de las respuestas ofrecidas sin la previa organización de las preguntas.

En definitiva: *inducir preguntas de interés explicativo* –es decir, contribuir a que los sujetos se entiendan o busquen explicarse mediante el conocimiento– *es de mayor repercusión educativa que ofrecer respuestas a necesidades inmediatas*. Es la entrada y la participación del sujeto interesado la que hace que el conocimiento sea significativo y de interés, y por lo tanto pueda producir *insights*. Algunos sistemas educativos –el español, entre ellos– plantean el conocimiento por *aprendizaje significativo*, que se basa en la misma fórmula. Para llegar a comprender algo es preciso previamente plantearse: estar interesado. Es la metodología que sigue la estrategia del *insight*. Por otra parte, sabemos que la suma de *cómos* relativos al *locus genitalis*, por muy voluminosa que sea, nunca dará como resultado explicaciones de *quéés* pertenecientes al hecho de los sexos. Pero sí a la inversa.

Consensos

Llegados a este punto, alguien podrá argüir, con toda razón, que el grupo B puede encontrarse en situaciones concretas en las que no sabrá *cómo hacer* puesto que esos *cómos* no han sido materia preferente, menos aún urgente (por ejemplo, cómo usar un preservativo, qué técnicas son más eficaces para ligar, o cómo lograr que su pareja quede satisfecha, etc.). Frente a lo cual podríamos responder

que en el grupo A han sido tan prácticos que no han salido de esos datos. Todo esto puede llevarse hasta las caricaturas en términos de comparaciones odiosas entre lo teórico y lo práctico. Se puede oponer a ambos grupos: el A contra el B y viceversa. Así unos pueden decir que lo que vale es lo práctico. Contra lo que se puede responder que no hay nada más práctico que una teoría, etc. etc., vía que nos conduce a debates de otro orden y que generalmente no suelen tener fin.

Para salir de tales discusiones circulares, podemos convenir en que se puede, en un primer nivel, tratar lo urgente y, en otro, detenerse en lo importante, pero a condición de que no se termine por tratar sólo lo urgente precisamente por su carácter de urgencia, suprimiendo lo que no es considerado urgente. De esa forma se suelen convertir las situaciones en estados de emergencia permanente, siguiendo el orden de prioridades dictado por las prisas y la nerviosidad acelerada, que es la forma más garantizada de huir del conocimiento y encontrarse cada vez más impelido a la pragmática y la urgencia como única teoría.

Puede haber, sin embargo, algunos puntos de consenso: el grupo B puede recibir también lo práctico, porque es evidente que quien se plantea lo teórico no excluye llegar a lo práctico, incluso de forma más operativa, mientras que mal se puede pasar de los datos informativos del Grupo A a ideas o conceptos explicativos cuando sólo se plantea una acción inmediata y directa en torno a algunas necesidades urgentes, según la teoría de la urgencia. Ya quedó indicado: la hipótesis sexuante incluye la reproductiva y la hedónica, pero no al revés. No es menosprecio decir que éstas no se plantean aquélla. Es lo que muestra la historia en su evolución. Y el paradigma moderno supera, sin dejar de integrar, al anterior.

La educación sexual, entendiendo por tal la educación de los sexos, constituye un marco teórico. La otra es una amalgama ocasional de datos sueltos, unidos por la utilidad inmediata. Sin entrar aquí en juicios de valor, lo más claro es afirmar que se trata de opciones

diferentes. Una tiene muy poco que ver con otra. Cualquier pedagogo sabe que no hay conocimiento sin campo de coherencia. O, dicho de un modo más conocido: que la educación no consiste en dar peces para comer sino en preparar redes para pescar.

La cuestión es, pues, otra. Se trata de dos planteamientos diferentes. Por un lado el de la asistencia técnica; por otro el de la incitación al conocimiento. El carácter asistencial tiene sus ventajas y sus riesgos, también el de incitación al conocimiento tiene las unas y los otros. Se puede reprochar a cada opción sus respectivos límites, lo mismo que se pueden acentuar sus posibilidades. Hay sin embargo algunas evidencias: la educación sexual –impropiamente así llamada– hecha en el grupo A y la Educación sexual, o sea de los sexos, planteada y desarrollada en el Grupo B, responden a fórmulas distintas con contenidos, objetivos y metodologías diferentes. Y obviamente puntos de partida diferentes conducen a recorridos y puntos de llegada diferentes.

“Descubrir capacidades”

Se trata, pues, de admitir tanto el protagonismo del sujeto como su capacidad y su valor, su posibilidad de aprender, crear y producir conocimiento. Para lo cual, decíamos a propósito de la *Sex therapy* y del *Sex counselling*, el *insight* es una clave primordial. En el ámbito terapéutico y del asesoramiento se puede afirmar que no se producen efectos sin *insight*. Salvando las distancias de cada segmento del continuo, no es aventurado afirmar que no hay acción educativa sin conocimiento ni hay conocimiento sin *insight*. Tanto en la *Sex therapy* como en el *Sex counselling*, se trataba de llevar adelante el principio de que cada cual pueda explorar y descubrir sus capacidades, si bien en cada caso con metodologías y técnicas distintas supeditadas a los formatos de trabajo diferentes. Por ejemplo, aquéllos usan un formato mínimo: el individuo o la pareja; en educación sexual suele trabajarse con grupos más o menos extensos, tal como la enseñanza reglada los tiene establecidos.

En la así llamada educación sexual, la anti-gua, se ha ido a lo urgente y no a lo importante; se ha ido a la asistencia a necesidades y no a la creación de riqueza; se ha ido al consumo y no a la producción de conocimiento y de recursos. Se ha dicho que a los jóvenes no les interesa lo importante y se les ha dado lo urgente. Se les ha hecho usuarios y consumidores de sistemas antiguos en lugar de invitarlos a que conozcan esos sistemas por dentro y así poder participar en su conocimiento y entrar en los nuevos. Se han dado limosnas informativas y se ha abandonado el importante capital de sus capacidades en ello. Se han dado distracciones anecdóticas y no núcleos de interés troncal.

En Economía se podría hablar de tercermundismo y subdesarrollo, de paliar miserias y no crear riquezas, de ofrecer pan para hoy y hambre para mañana. Se ha perdido lo central y se está en las periferias. Como sucedió con las caricaturas de la *Sex therapy*, a propósito de las aportaciones de Masters y Johnson, se ha dejado el mensaje central de los encuentros para distraerse con las técnicas sexuales. No se ha seguido la innovación, se han mantenido los anteriores modelos con parches y remiendos. No se ha aprovechado el paradigma moderno para el nuevo *ars amandi* y la nueva cultura de los sexos³⁷. Los aguafiestas de turno podrán decir que hablamos de una utopía. Pero sabemos muy bien que ésta es un hecho. Sólo hace falta buscar en la letra pequeña y no quedarse en los grandes titulares.

La llamada asignatura pendiente

Se ha hablado con frecuencia de esta educación sexual como de la asignatura pendiente, como una condición inexcusable para la nueva *cultura de los sexos*. La educación general de una sociedad moderna necesita contar con esa asignatura científicamente asentada y académicamente estructurada para la formación básica y el desarrollo general de los sujetos.

La *asignatura pendiente* a la que nos referimos no consiste, pues, en concesiones a la moral conyuntural u ocasional sino en una organización sistematizada del conocimiento del

Hecho de los sexos y de sus consecuencias. No se trata, pues, de que *ya se pueda hablar de sexo* sino de ofrecer marcos teóricos de Sexología como sucede con cualquier otra área del saber. Por ejemplo, no se tienen nociones de Economía por el hecho de que un profesor bienintencionado hable a sus alumnos de cómo administrar sus *pagas* o propinas ni de la voluntariosa amonestación de que tengan cuidado y no las gasten precipitadamente en *chucherías*. La Economía –moderna, se entiende– tiene una serie de conceptos que permiten hacerse una idea de ese campo para poder moverse en él con cierta fluidez. Tampoco se reduce la Electromecánica a una serie de advertencias sobre el peligro que supone meter los dedos en los enchufes o manipular cables con corriente. Por el contrario, los contenidos que se ofrecen en lo que suele conocerse como educación sexual recuerdan bastante la obsesión por esos peligros y sus consecuencias, lo que hace pensar en asuntos pueriles o anecdóticos más que en dotar intelectualmente a esos sujetos de capacidad de pensamiento formal y reflexivo –digámoslo, de nuevo: *razonable*– también en este campo del vivir y, por lo tanto, de su conocimiento.

Podríamos seguir con los ejemplos: en Lengua no se trata *sólo* de hablar sino de conocer y plantear –y por lo tanto de estudiar– las reglas y los sentidos del habla, de la gramática y de la lingüística. Dicho de otra forma: una cosa es el uso del usuario y otra el conocimiento organizado de un campo y lo que de él se deriva desde la investigación y la ciencia. Se empieza ya a notar un cansancio en los Institutos de Educación Secundaria ante estas campañas reiterativas en las que se da la típica charla con el preservativo como base de la, así llamada, educación sexual... En suma: hartos de grandes titulares y ayunos de letra pequeña, de cuerpo teórico como recurso o vía para la inteligibilidad.

El pragmatismo invocado por quienes insisten en separar este ámbito del campo general de los saberes, en nombre y en defensa de la privacidad o del pudor de los sujetos, se con-

vierte, por decirlo suavemente, en una ingenuidad voluntarista tan arcaica y estéril como distractora del proyecto de actualización de la sociedad que ellos mismos crean. Esta confusión continuará mientras no se dé un salto cualitativo y una entrada, en definitiva, en el concepto moderno de *sexo* que es el de *los sexos*,

caldo de cultivo de los nuevos sujetos. Sólo conociéndose y explicándose en esta dimensión será posible el despegue visible y la consolidación de una cultura de los sexos y de un nuevo *ars amandi*. Si los sujetos han evolucionado, es preciso una puesta al día de los recursos.

Notas al texto

- 1 E. Amezcua, Cuestiones históricas y conceptuales: el paradigma del hecho sexual, o sea, de los sexos, en los siglos XIX y XX, *Anuario de Sexología*. Asociación Estatal de Profesionales de Sexología, 4, 1998, pp. 5-19. O, más extensamente, E. Amezcua, Teoría de los sexos: la letra pequeña de la Sexología. *Revista Española de Sexología*, nº extra-doble, 95-96, Madrid, 1999.
- 2 Masters & Johnson Institute, *Ethical Issues in Sex therapy and Sex research*, Little, Brown and Company, Boston, 1980, vol. II, p. 138.
- 3 W. Masters & V. Johnson, *The Human Sexual Inadequacy*, Little, Brown and Company, Boston, 1970 (vers. cast. Intermédica, Buenos Aires, 1981).
- 4 He aquí algunas referencias de estos escritos menores: W. Master y V. Johnson, *El vínculo del placer*, vers. cast. Grijalbo, Barcelona, 1974; F. Belliveau & L. Richter, *Understanding Human Sexual Inadequacy* (Foreword by Masters and Johnson), Hodder and Stoughton, London, 1971 (vers.cast. Fontanella, Barcelona, 1974); N. Lerhman, *Masters and Johnson explained*, (vers. cast., *Las técnicas sexuales de Masters y Johnson* (con prefacio de Masters y Johnson), Gránica, Barcelona, 1977; R. y E. Brecher, *Análisis de la Respuesta sexual humana*. Ver.cast. Grijalbo, Méjico; E. y R. Brecher, *Análisis de la Inadecuación sexual humana*, Vers. cast. Grijalbo, Méjico; etc. Conviene observar que Belliveau era el director editorial de la casa en donde se editaron sus grandes obras, Lerhman era el responsable editorial de la sección informativa de *Playboy*, E. Brecher, periodista científico, etc. Todos ellos fueron seleccionados por Masters y Johnson para "transmitir sus ideas y conceptos con claridad y fidelidad".
- 5 Pertenecen a esta serie, entre otros, *Masters and Johnson on Sex and Human Loving* 3 vols. (vers. cast. Bajo el título *La sexualidad humana*), Grijalbo, Barcelona; *Heterosexuality* (vers. cast. bajo el título *Eros: los mundos de la sexualidad*), Grijalbo, Barcelona. etc.
- 6 W. Masters & V. Johnson, *Human sexual Inadequacy*, Little, Brown C., Boston, 1970, p. 21.
- 7 W. Masters & V. Johnson, *Principles of the new sex therapy*, The American Journal of Psychiatry, 133, 1976, pp. 548-554.
- 8 Versión cast. Ed. Herder, p. 11.
- 9 Ovidio, *Amores*, libro III, 7; l.c. ed. del CSIC, pp. 318-322.
- 10 Repport: *Social casework in marital problems: The Development of a Psychodynamic Approach*, Tavistock Publications Ltd., London, 1955, p. 19
- 11 E. Street and Jean Smith, *From Sexual Problems to Marital Issues*, in Martin Cole and Windy Drayden, *Sex Therapy in Britain*, Open University Press, Milton Keynes, Philadelphia, 1988, pp. 204-221. Una actualización puede verse en Rafael Manrique, *Psicoterapia sistémica de la pareja: una visión constructivista*, R.A.E.N., VIII, nº 26, 1988, pp. 391-415.
- 12 H. S. Kaplan, *The new Sex Therapy*, Random House, Nueva York, 1974 (trad. cast. Alianza editorial) y otros de la misma autora.
- 13 E. Pérez Opi y J. R. Landaarroitejauregi, Teoría de pareja: Terapia sexológica sistémica. *Revista española de sexología*, nº extra-doble 70-71, Publicaciones del Instituto de Sexología, Madrid, 1995.
- 14 Es el caso, por ejemplo de Sr. y Sra K. (Pseudónimos), *The Couple*, Coward, McCann, N.Y., 1971 (vers. cast. Grijalbo, Méjico).
- 15 Se podrá advertir que utilizamos la grafía *counselling* con dos eles. Entre la norteamericana con una y la británica con dos, nos hemos inclinado por ésta. Es una decisión meramente subjetiva.
- 16 C. Rogers, *Counselling and Psychotherapy*, Houghton Mifflin, Boston, 1942 (versión castellana: *Consejo psicológico y psicoterapia*, Narcea, Madrid, 1978). La traducción del término *Counselling* como conse-

jo ha traído consigo una serie de equívocos que nos llevan a usar aquí siempre el original para indicar el contenido con el que fue acuñado. De paso, usaremos también los otros, *Therapy y Education* para no perder el paralelismo de la nomenclatura en el continuo.

- 17 J. Dewey, *Democracia y educación* (orig.1916), edic. cast. Morata, Madrid, 1997.
- 18 Robert Carkhuff *et al.*, *The Art of Helping*, 3 vols, Publishers of Human Technology, Massachussets, 1978
- 19 P. Robinson, *La modernización del sexo*, Villalar, Madrid, 1976. Por lo que se refiere a la versión castellana véase I. Aizpurua, Correcciones a la traducción castellana de Masters y Johnson, *Revista Española de Sexología*, 1990, nº 42
- 20 C. Rogers, *Op.cit.*, p. 38
- 21 Exactamente en la primera fase Rogers sustituye el término *paciente* por *cliente* para luego sustituir éste por el de *persona*.
- 22 C. Rogers, Prólogo a André Peretti, *El pensamiento de C. Rogers*, S. E. A., Madrid, 1979, p. 28.
- 23 J. M. Gondra, *Características del Counseling rogeriano*, Documentación de los Estudios de Postgrado de Sexología (uso interno), Instituto de Sexología, Madrid, 1988, p. 31; J. M. Gondra, *La psicoterapia de Carl Rogers*, DDB, Bilbao, 1982.
- 24 Hemos desarrollado este axioma en E. Amezúa, ¿Qué sexología clínica? *Anuario de sexología*. Asociación Estatal de Profesionales de la Sexología, 1, 1995, pp. 21-26.
- 25 W. Masters & V. Johnson, *El vínculo del placer*. Grijalbo, Barcelona, 1976.
- 26 W. Masters & V. Johnson, *Ethical issue in Sex Therapy and Sex Research*, Little, Brown, Boston, 1980.
- 27 Belliveau & L. Richter, *Understanding Human Sexual Inadequacy*, Coronet Books, Hodder Paperbacks, London, 1970.
- 28 Lucien Auger, *Communication & Épanouissement personnel*. Ottawa, 1980. Ed. de l'Homme.
- 29 J.Mª Gondra, *op.cit.*
- 30 Seguimos escribiendo *Sex education* en lugar de *Educación sexual*, que sería más propio, para no perder el hilo léxico del continuo de los tres niveles que se presentan: *Sex therapy*, *Sex counselling*, *Sex education*.
- 31 La trilogía profesional conocida como *educator-counselor-therapist* ha confirmado la práctica de esta forma de trabajo. AASECT (*American Association of Sex Educators, Counselors and Therapists*), *Code of Ethics*, Washington, 1978 y siguientes ediciones.
- 32 Organización Mundial de la Salud, Documento 572, Ginebra, 1974.
- 33 El añadido de la lucha contra las enfermedades venéreas –luego denominadas e.t.s. o enfermedades de transmisión sexual, incluido el sida– no es ni “educación sexual” ni no sexual, sino simplemente un capítulo más de la higiene, por no decir de la prevención sanitaria o información elemental.
- 34 Carlos de la Cruz, Sobre campañas... *BIS*. Asociación Estatal de Profesionales de la Sexología, nº 24, Enero, 1999.
- 35 Consuelo Prieto, *Análisis de las actitudes hacia la sexualidad de una muestra de profesionales sanitarios y docentes*. Tesis doctoral. Universidad de Valladolid, 1996.
- 36 Para una exposición ordenada de estos contenidos conceptuales véase E. Amezúa, Teoría de los sexos: la letra pequeña de la Sexología. *Revista Española de Sexología*, nº extra-doble 95-96. Madrid. Publicaciones del Instituto de Sexología, Madrid, 1999.
- 37 Hemos desarrollado más extensamente este punto en E. Amezúa, Diez textos breves, *Revista Española de Sexología*, 1999, nº 91, pp. 23-43.